

UNIDAD 3

LA ACTIVIDAD DIRECTRIZ DEL DESARROLLO EN LA LACTANCIA: LA COMUNICACIÓN NIÑO-ADULTO

Una de las insuficiencias más notables de la psicología precedente hasta el momento actual, ha sido el estudio desvinculado de los procesos del desarrollo intelectual y del de la personalidad, último aspecto que incluso se reduce en ocasiones al desarrollo de la esfera afectiva y de las necesidades.

Vigotski señaló en una etapa bien temprana del pasado siglo la necesidad de estudiar el desarrollo afectivo y el cognoscitivo en unidad dinámica, pero la generalidad de los autores continuaron examinando estos procesos como líneas independientes que no se interseccionan ni muestran una dependencia causal entre sí.

Incluso en aquellos que consideran en su teoría la existencia e interrelación de los factores afectivos y cognoscitivos, como es el caso de J. Piaget, el mismo no da a esta interrelación una mutua interdependencia causal. De esta manera, aunque al respecto señala que no existe acto cognitivo que no conlleve un componente afectivo, o un acto afectivo que no implique elementos cognitivos, la relación dada es de isomorfismo y paralelismo, pues la línea del desarrollo intelectual es consecuencia directa solo de la estructura cognitiva precedente, sin que el factor afectivo determine sobre el surgimiento de dicha nueva estructura intelectual.

Una extensión de esta separación teórica se refleja tanto en el establecimiento de la relación entre la comunicación y la actividad, como de cada una de ellas en sí misma.

Así, hay quienes han considerado que el desarrollo es consecuencia unívoca de la actividad, otros lo atribuyen a la comunicación, no faltando incluso quienes han contrapuesto estas categorías como si fueran antagónicas. No obstante, el actual desenvolvimiento de la ciencia psicológica va sentando como una verdad científica incontrastable el hecho de que el desarrollo es producto de la actividad y de la comunicación, bien sea considerándolos como categorías separadas equivalentes o como procesos en el que uno es enmarcado por el otro.

En el caso de la comunicación la discusión es mucho más relevante, porque existe una tendencia generalizada a considerar que la comunicación solamente tienen que ver con los aspectos de las relaciones entre los individuos, de la transmisión de información, criterios y opiniones, y que la misma no tiene que ver nada con el desenvolvimiento cognitivo, en el sentido de que la misma ejerza una influencia causal sobre el mismo.

El concepto de actividad directriz del desarrollo asume en sí el hecho de que este tipo de actividad engloba tanto los aspectos afectivos como los cognitivos del desarrollo, y que, aunque en determinadas etapas se dirige más hacia unos

factores u otros del desarrollo, como ya se analizó en la unidad anterior, ha quedado bien claro que el hecho de que en una etapa la acción se centre hacia uno u otro, no implica que no se ejerza una influencia causal y determinante sobre el otro.

Pero a los fines de dejar bien definidas estas particularidades de la actividad directriz en el primer año de vida y que se corresponde a la comunicación emocional directa entre el niño y los adultos que le rodean, se hace imprescindible hacer un análisis aunque sea somero de las relaciones entre la comunicación y la actividad, y de la comunicación con los factores afectivo emocionales.

3.1. Comunicación y Actividad.

Existen numerosas definiciones con respecto a la comunicación, que van desde singularizarla como un proceso de intercambio de pensamientos, sentimientos y emociones, hasta el modo de realización de las relaciones sociales, por los contactos, directos e indirectos que establecen las personas y los grupos en su vida y actividad social.

No obstante la aparente divergencia, todas las definiciones de una forma u otra coinciden en considerar a la comunicación como una forma de interrelación humana, que expresa las relaciones de los individuos entre sí, que se dan dentro del proceso de la actividad, y que constituye un elemento trascendental en la formación y funcionamiento de la personalidad.

Lo anterior lleva a considerar a la comunicación ya no solamente como un medio de intercambio de información entre las personas, sino como una categoría tan importante como la de la propia actividad.

Desde el punto de vista del desarrollo el hombre no puede verse solo como producto de interacción de éste con el mundo de los objetos, sino también como consecuencia de su relación con las personas. El sistema de relaciones del hombre como sujeto con el mundo de los objetos no completa el proceso de vida, sino también a través del contacto comunicativo con los otros hombres.

Esto se ve de manera muy clara desde el momento del nacimiento: el niño nace en un mundo de objetos que le rodean, sobre los cuales actúa y que lo van convirtiendo en un ser humano, mas este contacto con los objetos está mediatizado por la presencia del adulto, que lo atiende, lo alimenta y lo estimula, y gracias a esta interacción, que se da a través de la comunicación, es que el niño se apropia de la experiencia social acumulada, y se da y facilita, el proceso de humanización.

No es posible la conversión en un ser humano, sin un medio humano, sin un contacto humano, se requieren condiciones humanas de vida para que el recién nacido se convierta en persona, devenga en personalidad.

Esto se da a través de su propia acción sobre el mundo de los objetos, en la actividad, y en su interacción con las personas del mundo social que le circunda, mediante la comunicación.

Por tanto la comunicación es condición indispensable del desarrollo del individuo, y no puede concebirse el desarrollo humano sin la comunicación.

Ello hace a la comunicación como la expresión más compleja de las relaciones humanas, donde se da el intercambio de ideas, actividades, representaciones, vivencias, y que constituye un medio esencial de la formación de la personalidad.

El aserto anterior, por lo tanto, se opone al concepto más o menos anteriormente extendido de reducir la comunicación al proceso de información entre los sujetos, y la convierte en una categoría básica para el desarrollo del individuo, para la formación y desarrollo de la personalidad.

Ello implica que la comunicación, como categoría del desarrollo psíquico humano, comprenda tres aspectos fundamentales en su estructura:

El aspecto comunicativo.

El mismo implica el intercambio de información entre los sujetos y es el que, se ha absolutizado como único en el proceso de la comunicación, restringiéndola o reforzando su carácter de transmisión de la información, olvidando su contenido. Esto ha llevado a un modelo clásico de la comunicación, ampliamente difundido por la psicología social, y donde se refuerza el carácter pasivo del receptor de la información:

Sin embargo, a diferencia de la concepción de la actividad, en la que un polo de esta interacción es activo (el sujeto en su acción) y el otro es pasivo (el objeto con el que entra en contacto), en la comunicación *ambos polos son activos*, pues en los extremos hay dos sujetos, y ya no un sujeto y un objeto, que son receptores activos, se retroalimentan, mediante el lenguaje y la expresión verbal y no verbal, modificándose uno al otro, influyéndose, actuando sobre sí.

Según Leontiev, destacado psicólogo ruso discípulo de Vigotski, los individuos en el proceso de la comunicación no solo se transmiten información, sino que tratan de elaborar un sentido de esta información, y la misma no solo es recibida, sino también comprendida, asimilada, y ejerciendo una mutua influencia. Desde este punto de vista en el proceso de la comunicación no sólo hay que prestar atención a la transmisión de la misma, sino también a su contenido.

Ello hace que las dificultades de la comunicación no solo puedan deberse a problemas en los canales de transmisión y decodificación, sino también por las diferentes características psicológicas de los sujetos que intervienen, por la diferencia en la posición social que detentan, por la diferente concepción del

mundo que pueden tener, por el contenido de lo que se transmiten, entre tantos otros factores similares.

Así, el proceso de la comunicación no solamente va a tener como medios aquellos que tienen que ver directamente con la transmisión verbal del contenido, y por ello llamados medios principales de la comunicación, sino también por otros medios auxiliares que sirven de apoyo al sistema verbal y que transmiten información cognoscitiva y afectiva, como son los gestos, la mímica, los movimientos oculares, las pausas y silencios, entre otros. Esto es particularmente importante en las primeras etapas de la vida cuando el niño aún no ha asimilado las estructuras básicas de la lengua materna y, sin embargo, se da un proceso de transmisión activo de comunicación.

El hecho de que la comunicación no sea solamente, transmisión de información sino también de contenidos, nos lleva al segundo aspecto de la comunicación.

El aspecto interactivo

Los sujetos al comunicarse no solo se intercambian signos verbales y gestos sino también se intercambian acciones, que se dirigen a la organización inmediata de la actividad conjunta, directamente derivadas del contenido de la comunicación y en la que se planifica la actividad común a realizar.

En el caso del primer año de vida la transmisión de acciones forma parte integral y consustancial del proceso, pues es a través de este intercambio comunicativo que el niño va asimilando los elementos de la realidad que le rodea. Estas particularidades determinan en gran medida el tercer aspecto de la comunicación:

El aspecto perceptual

Este aspecto se refiere a la percepción o toma de conciencia de las particularidades, o la imagen, que un sujeto hace del otro en el proceso de la comunicación, de las relaciones que unen a cada sujeto en dicho proceso. Estas impresiones mutuas regulan la comunicación.

Este análisis implica dos aspectos: uno, referido al conocimiento y comprensión que un sujeto logra del otro en el proceso de la comunicación, y otro referido a la reflexión de cada sujeto de cómo es comprendido por el otro, y que, por supuesto, van a actuar sobre la eficiencia de la comunicación.

En el caso del niño lactante el grado de la interrelación afectiva que se da entre el niño y el adulto va a determinar en buena medida la asimilación cognoscitiva de las acciones que les son enseñadas o transmitidas, por lo que este aspecto de la comunicación tiene una importancia crucial.

En estos tres aspectos de la estructura de la comunicación se van a inscribir sus tres funciones principales, que en cierta medida ya han sido referidas:

- **Función informativa de la comunicación**

Relacionada básicamente con la transmisión de la información. En esta función el aspecto comunicativo es el predominante, si bien la transmisión e información, como ya se señaló, no puede verse deslindada del contenido de la misma.

- **Función reguladora de la comunicación.**

Esta función está relacionada con el control de la conducta y con la influencia mutua que un sujeto hace sobre otro de su comportamiento, dirigiéndolo. Es una función que por su complejidad involucra los aspectos comunicativo, interactivo y perceptual de la comunicación.

- **Función afectiva de la comunicación.**

Esta función está directamente relacionada con la esfera afectiva y la necesidad de conocimiento y comprensión emocional entre los sujetos, básicamente determinado por los aspectos interactivo y perceptual de la comunicación. Así se habla de comunicación afectiva, de comunicación emocional, para referirnos a la transmisión de emociones, sentimientos, estados de ánimo y otras manifestaciones del desarrollo afectivo que se dan a través del proceso de la comunicación.

Este tipo de comunicación es particularmente importante durante el primer año de vida, y así se habla de que la actividad fundamental del desarrollo en esta etapa de la vida lo constituye la comunicación emocional que se establece entre el niño y el adulto, y mediante la cual se posibilita su desarrollo psíquico.

Por supuesto, en todo acto comunicativo están presentes las tres funciones, que están interrelacionadas estrechamente, si bien puede darse prevalencia de una de estas funciones en un momento dado. Realmente lo que se da en la vida real es la mayor significación de una u otra función en relación con el contenido y las particularidades de la comunicación en un momento dado, pero donde siempre están presentes las tres funciones en un grado u otro.

Si la comunicación es una actividad, por lo tanto, ha de tener estructura semejante a la actividad, y desde este punto de vista se considera que la misma tiene un **objeto**, la persona; responde a una **necesidad** de conocerse a sí mismo y a los demás y la satisfacción de la comunicación (que se expresa muy claramente en el primer año de vida en el complejo de animación, donde además del componente motor y el verbal, está el de la comunicación afectiva y social, que se expresa en las acciones propositivas del niño durante la manifestación de este complejo de animación); tiene un **motivo**, que radica en el compañero de la comunicación y que en el caso del niño pequeño lo es el adulto; se compone de **acciones** que constituyen la unidad del proceso de comunicación; y que se expresa a través de **medios** de la comunicación (equivalentes a las operaciones) mímico-expresivos, de acción con los objetos, y articulatorios o lingüísticos.

Los motivos fundamentales de la actividad de comunicación son de tres tipos: los cognoscitivos, estrechamente relacionados con la necesidad de impresiones, y que determinan la necesidad de comunicación con el adulto; los prácticos, que surgen durante la actividad objetal como resultado de la ayuda del adulto; y los personales, que son específicos de la propia actividad de comunicación.

Los medios de la comunicación están estrechamente relacionados, en su orden específico con la expresión, la representación y la designación del contenido de la comunicación.

En el niño se da un desarrollo evolutivo de la comunicación, que determina etapas que determinan formas íntegras de comunicación, que se establecen sobre la base del momento del surgimiento de la comunicación, el lugar que la misma ocupa dentro de la actividad vital, el contenido fundamental de la comunicación, los motivos de la misma, y los medios fundamentales que se utilizan en el proceso de la comunicación.

Sobre dicha base, las formas de comunicación fundamentales durante el primer año de vida son las siguientes:

La comunicación personal - situacional

Es característica de los seis primeros meses de la vida, y se observa cuando el niño no domina aún los movimientos prensores de carácter concreto, y en la cual sus contactos con el medio están mediatizados por las interrelaciones que se dan con los adultos más cercanos.

Es una interacción dentro del marco de la actividad general vital del niño, y donde la comunicación transcurre de manera independiente fuera de cualquier otra actividad, constituyendo la actividad principal del niño en este momento.

Las operaciones o medios de comunicación utilizados básicamente los mímicos - expresivos.

Esta comunicación no es ya solo proceso y perfeccionamiento de la transmisión de la información, sino contribución al desarrollo psíquico general del niño, fuente de su desarrollo.

La comunicación práctico-situacional

Comienza alrededor de los seis meses y se extiende mucho más allá del primer año de vida, hasta cerca de los dos años. En ella la comunicación se realiza básicamente dentro de la actividad práctica con los objetos y el mundo que rodea al niño, que surge por la necesidad de colaboración y atención con el adulto.

Las operaciones fundamentales de la comunicación están dadas mediante las acciones con los objetos, y en el que va a surgir el lenguaje, para sus fines y

dentro de su contexto, y estrechamente relacionado con la actividad de comunicación.

Esta etapa constituye la base del tránsito cualitativo de la actividad objetual al surgimiento del lenguaje, que va progresivamente a complejizarse e irse de la comunicación situacional y práctica, a la comunicación contextual y “teórica”, en su amplio sentido de este concepto.

La comunicación, concebida de esta manera, se constituye en una actividad fundamental del desarrollo psíquico, al igual que la propia actividad sobre el mundo de los objetos. Así, comunicación y actividad se integran como la fuente y motor del desarrollo psíquico humano.

3.2. Sobre la comunicación emocional y la oral.

En el proceso de la comunicación se dan interrelaciones entre lo que constituye la comunicación oral, la comprensión y el lenguaje expresado, que se desarrollan de manera paulatina, y que no coinciden evolutivamente. Estos a su vez guardan una estrecha dependencia con la comunicación emocional.

La comunicación emocional comprende dos aspectos principales: la transmisión de los estados afectivos provenientes de la interrelación entre las personas, y de aquellas que surgen en la realización de las acciones con los objetos, dentro de la actividad conjunta del niño con los adultos que le rodean.

Es decir, y resaltar este aspecto es bien importante, la comunicación emocional no es solo intercambio y trasmisión de estados afectivos mediante los medios expresivos corporales, mímicos y verbales, sino también transmisión de elementos cognitivos a partir de la acción con los objetos, bien como producto de la situación de comunicación, bien derivadas del propio proceso de la acción.

El establecimiento de la comunicación oral entre el niño y los adultos comienza con la comunicación emocional, que es la médula, el contenido principal, de las relaciones mutuas entre los adultos y el niño en el período preparatorio de desarrollo del lenguaje, en el primer año de vida. El niño responde con una sonrisa a la sonrisa del adulto, pronuncia sonidos como respuesta a la conversación cariñosa con él, a los sonidos emitidos por los adultos, como si se contagiara con el estado emocional de estos, con su risa y con el tono afectivo de la voz. Esta es precisamente la comunicación emocional y no la oral, pero en ella se sientan las bases para el futuro lenguaje, para la futura comunicación mediante palabras pronunciadas de forma consciente y comprensible.

En la comunicación emocional con el adulto, el niño reacciona ante las variadas particularidades de la voz y la entonación con la cual se pronuncian las palabras. El lenguaje toma parte de esta comunicación solo como forma fónica, como entonación que acompaña las acciones del adulto. Sin embargo, el lenguaje, la palabra, significan siempre una acción determinada (levántate, siéntate); un objeto concreto (la taza, la pelota); determinada acción con

objetos (toma la pelota, dame la muñeca); la acción de un objeto (el carrito rueda), etc. Sin esta diferenciación exacta de los objetos, de las acciones, de sus cualidades y propiedades, el adulto no puede dirigir la conducta del niño, ni sus acciones y movimientos.

El adulto y el niño manifiestan en la comunicación emocional las relaciones más generales entre sí, su satisfacción o insatisfacción, o sea, sentimientos, pero no ideas. Esto no resulta suficiente; a partir del sexto mes de vida cuando se amplía el mundo del niño, se enriquecen sus relaciones con el adulto (así como también con otros niños), se hacen más complejos los movimientos y acciones y aumentan las posibilidades de conocimientos. Ahora es necesario hablar de muchas cosas interesantes e importantes. En el lenguaje de las emociones a veces es muy difícil hacerlo y, frecuentemente, hasta imposible. Es necesario el lenguaje de las palabras, la **comunicación oral** con el adulto.

En una situación concreta de comunicación emocional, el niño centra su atención primeramente en el adulto. Pero cuando el adulto trata de desviar la atención del niño hacia cualquier otra cosa, aleja de sí una parte de ese interés, y lo traslada a un objeto, a una acción, o a otra persona. La comunicación no pierde el carácter emocional, pero ya no es la comunicación emocional propiamente dicha, ya no es el intercambio de emociones como tal, es **la comunicación emocional con respecto al objeto**.

La palabra pronunciada por el adulto y escuchada por el niño, lleva el sello de la emoción (en estos casos se pronuncia con expresividad), comienza ya a apartarse de la comunicación emocional y a convertirse para el niño, poco a poco, en el símbolo del objeto, de la acción.

Sobre esta base, a partir del sexto mes de vida, en el niño se desarrolla la comprensión de la palabra, del lenguaje. Se pone de manifiesto una comunicación oral elemental e incompleta porque habla el adulto, mientras que el niño responde solo con la mímica, el gesto, el movimiento y la acción.

El nivel de esta comprensión es suficiente para que el niño pueda reaccionar conscientemente ante las observaciones, peticiones y exigencias en las situaciones comunes, bien conocidas por él. Al mismo tiempo, se desarrolla también la iniciativa del niño con respecto al adulto: atrae la atención sobre sí mismo, sobre un objeto cualquiera, o pide algo mediante la mímica, los gestos, los sonidos. La pronunciación de los sonidos, cuando se manifiesta iniciativa en el trato, tiene una importancia muy especial para el desarrollo de la comunicación oral, surge la intención de reaccionar articulando, de dirigir los sonidos hacia otras personas. Son también muy importantes la imitación de los sonidos y las combinaciones de estos que pronuncia el adulto. Esto contribuye a la formación del oído fonemático, a la formación de la capacidad de pronunciación, sin lo cual es imposible imitar palabras completas, que más adelante el niño tomará del lenguaje de los adultos que lo rodean.

Las primeras palabras comprendidas se ponen de manifiesto en el lenguaje del niño a finales del primer año de edad; ellas, sin embargo, son poco útiles para la comunicación oral con el adulto; en primer lugar, no son suficientes; en

segundo lugar, el pequeño rara vez las utiliza por iniciativa propia. No es sino hasta mediados del segundo año de vida, que en el desarrollo del lenguaje del niño se opera un marcado progreso: al dirigirse al adulto aparecen las primeras oraciones simples, comienza a utilizar el léxico acumulado hasta ese momento.

De esta manera, a partir de la simple comunicación emocional (primero de emociones y sentimientos, y luego respecto al objeto) ha de irse estructurando la comunicación oral, que pasa en la primera infancia por un período evolutivo de formas elementales hasta una comunicación plena sustentada por la coherencia del lenguaje

3.3. La comunicación emocional directa niño-adulto

La comunicación emocional directa niño adulto constituye la actividad directriz del desarrollo durante el primer año de vida, lo cual quiere decir que la formación de las propiedades y cualidades psíquicas del niño en el período van a darse de manera determinante a través de esta actividad.

Ya, desde los primeros días del nacimiento el niño no es solamente un ser que reacciona ante los diversos estímulos del medio, sino alguien que posee, aunque de manera difusa, una vida psíquica individual. Tiene necesidades básicas primarias, como son la de alimentación, de calor, de movimiento, entre otras similares, otras que están directamente relacionadas con el desarrollo funcional de su sistema nervioso como es la necesidad de nuevas impresiones, y también necesidades de carácter social que surgen y se desarrollan en el transcurso del primer año: la de contacto con otra persona, de comunicación, de atención y afecto.

Reconocer la existencia de esas necesidades implica el reconocimiento de las correspondientes vivencias afectivas. Su insatisfacción conlleva vivencias negativas, que se expresan en la irritabilidad, el llanto, la intranquilidad, la hipermotilidad; la satisfacción, por el contrario, se expresa en la elevación del tono muscular, en la presencia de la sonrisa, la tranquilidad y la alegría, en el aumento de la actividad cognoscitiva.

Ello significa que el contenido de la vida psíquica del lactante se caracteriza básicamente por sensopercepciones impregnadas afectivamente, y luego vivenciadas emocionalmente de manera global. Esto quiere decir de manera enfática que la conciencia del niño de esta edad está ligado el componente emocional con las influencias que se perciben directamente del medio circundante.

Es decir, toda la vida del niño, toda su actividad en el período, se realiza en forma mediatizada a través del adulto, o en colaboración con él, a través de la comunicación emocional que se establece entre ambos. Sin el adulto el niño está inerte: no puede alimentarse, no puede trasladarse, no puede cambiar de posición, no puede alcanzar los objetos. En síntesis: Todas las necesidades, biológicas y psicológicas, del niño lactante son satisfechas por los adultos.

Como conclusión de todo ello: en el adulto se encarnan y se fijan las necesidades, y el mismo se convierte en el centro de atracción de toda situación percibida directamente por el niño.

Pero en el curso evolutivo del niño en la etapa la conciencia del niño va también desarrollándose: aparecen las primeras generalizaciones sensoriales, surgen elementos de palabras que van a designar las cosas, va asimilando formas primigenias de relación social, y lo que es más importante, sus necesidades van cada vez más concretándose en los objetos de la realidad circundante. Como resultado estos objetos adquieren fuerza impulsora, estimulando la actividad en el sentido de la situación dada.

Pero, aunque el comportamiento del niño va siendo guiado por los estímulos que entran en su campo perceptivo, los mismos continúan siendo asimilados a través de la actividad conjunta con el adulto, que es quien le pone en contacto con tales objetos y le enseña sus acciones.

Esto quiere decir que, tanto en un principio del año de vida cuando la relación del niño con el adulto está dada prácticamente en la situación de comunicación, aún cuando aparece su posibilidad de actuar con los objetos la situación de comunicación continúa siendo predominante, y solo va a cambiar hacia finales del año de vida y principios del segundo, en que el niño deja ya de subordinarse completamente a la acción del adulto para comenzar a hacer sus propias acciones con el mundo de los objetos, apoyado en su capacidad de traslación y un uso más activo del lenguaje.

De hecho, durante todo el primer año de vida la situación que se deriva de la comunicación emocional directa del niño con el adulto va a permanecer dominante, y se convierte en la actividad fundamental que guía su desarrollo.

Así, la neoformación central en el período es el surgimiento de representaciones cargadas afectivamente, que son las que impulsan la conducta del niño a pesar de las influencias del medio externo. Estas representaciones, que se convierten en “motivos” del comportamiento del bebé, van a cambiar de manera radical su conducta y toda su relación con el medio que le rodea. Y su presencia poco a poco lo va a liberar de la sujeción a la situación concreta, de dictamen de las influencias externas, en las cuales incluso el propio adulto va a ser incluido.

Pero este logro solo ha sido posible dentro de la situación de comunicación que ha caracterizado toda la etapa, es esa comunicación emocional directa y mantenida la causal de tal desarrollo, y por eso es que ha sido la actividad determinante en su surgimiento y manifestación.

Tanto es así que, al examinar la formación de la personalidad en el sistema del niño respecto a la acción del medio, se destaca que, aunque el objeto pasa a cobrar un peso importante en el desarrollo del niño, no es el objeto por sí solo el causante de dicho desarrollo, sino el objeto en su función social. Así, en el objeto no están inscritos su origen social, ni los procedimientos de acción con el mismo, ni los procedimientos de su reproducción, aspectos que no están

dados de forma inmediata como características físicas de tales objetos, lo que impide que por un simple mecanismo de adaptación el niño domine los procedimientos de acción con los mismos.

Para la asimilación de los procedimientos de acción con los objetos, que han sido socialmente elaborados, se requiere que la situación niño-objeto se una a la relación niño-objeto social, que hace que las cosas, que tienen determinadas propiedades físicas y espaciales, se descubran como objetos sociales, en los que aparecen en un primer plano estos procedimientos de acción con dichas cosas, y que han sido socialmente elaborados. Esto llevado a un plano de palabras más sencillas quiere decir que el objeto como objeto físico, no es capaz de dirigir el desarrollo, lo cual si es posible como objeto social, cuando el niño asimila sus posibles acciones en una situación de comunicación, en un principio eminentemente emocional (puesto que el niño aún no posee los mecanismos del lenguaje) y posteriormente mediante la lengua oral, en la medida en que domina el idioma materno.

Esto está presente en el transcurso del primer año de vida, en el primer semestre básicamente con un carácter personal-situacional (donde predomina la situación plena de comunicación) y que luego cambia a una práctico-situacional, en la propia medida en que la situación de comunicación comienza a darse a través de la acción con los objetos, y que en el segundo año va a convertirse en la actividad directriz del desarrollo en dicho período de la edad temprana.

Pero, cualquiera que sea su carácter, personal o práctico, todo ello está aun determinado por la actividad de comunicación emocional directa que se da entre el niño y el adulto durante todo este año de vida.

No obstante, el hecho de asumir a la comunicación emocional como la actividad directriz en este año, ello no implica que se considere a la misma como innata o esté presente desde el mismo momento del nacimiento.

Las observaciones que se realizan a los niños en los primeros días de nacidos permiten afirmar que los bebés no demuestran necesidad de comunicación en tales momentos, aunque requieren de la atención y el cuidado del adulto, esto solo comienza a detectarse hacia finales del primer mes, y está plenamente definido hacia los dos meses de vida, en que ya puede distinguirse en el lactante una actividad dirigida al adulto como objeto de tal actividad, y que tiene los rasgos de una comunicación.

Es decir, la evidencia experimental parece afirmar que los bebés no entran en comunicación con los adultos al momento del nacimiento, sino que ello se observa a las seis-ocho semanas mas tarde, en que va a aparecer bajo la influencia de determinadas condiciones.

Estas condiciones son fundamentalmente dos. En un primer término existe la necesidad objetiva del bebé de atención y solicitud por parte de los adultos: solo gracias a ellos puede sobrevivir, ya que no posee mecanismo alguno de adaptación, y no está en condiciones de satisfacer por sí mismo ni la mas mínima de sus necesidades biológicas. Estas acciones del adulto, al estar

relacionadas con necesidades vitales del niño, cobran significado de señal, y aunque los niños aprenden a utilizar a los adultos para eliminar la falta de confort y aquello que es indispensable para su supervivencia y que hacen mediante gritos, llantos, muecas y movimientos generalizados, esto realmente aún no es comunicación, porque el bebé no dirige sus señales a nadie en particular, ni expresa una conducta activa por haber recibido lo que esperaba, solo se adormece, y ya. No hay comunicación real, que requiere una actitud activa hacia el otro.

Pero, en segundo término, y he aquí lo importante, la conducta del adulto va dirigida al bebé como a una verdadera persona: le habla, lo acaricia, trata de comunicarse o expresarle al niño cosas de su persona. Esta acción estimuladora comienza a modelar una nueva conducta en el niño, que va paulatinamente participando de esta situación comunicativa, y en la que el adulto lo introduce poco a poco en una esfera de interrelaciones donde el niño se convierte en sujeto, y en esta iniciativa anticipadora del adulto, que se dirige al bebé como si este fuera un sujeto y le modela su comportamiento, es que surge la actividad de comunicación. Esto va a tener su máxima expresión en el complejo de animación, que marca el inicio real de la comunicación entre el niño y el adulto.

En suma, es el adulto quien atrae al niño a la comunicación, y luego en el proceso de esta actividad, en el bebé se genera paulatinamente la nueva necesidad de comunicación, diferente a todas las conductas que existían en el bebé desde sus primeros contactos con los que le rodean.

Ello a su vez corrobora que, aunque la actividad directriz en este primer año se dirige fundamentalmente hacia el sistema de necesidades y el plano afectivo, la acción sobre los procesos cognoscitivos está presente y constituye un plano importante del desarrollo. Solo que la misma no se da directamente como acción con el objeto sino como acción con el objeto mediada por la comunicación emocional.

Esto va a cambiar a partir del segundo año de vida, en que la comunicación pasa a un segundo plano, y es mediada por el carácter de la actividad con objetos, ahora actividad principal. Sin embargo, el hecho de que lo cognoscitivo cobre ahora un papel preponderante no significa que la acción sobre el plano afectivo deje de tomarse en cuenta, por el contrario, permanece con plena vigencia, solo que "filtrada", mediada, por la acción objetal.

Mas, como ya se ha visto anteriormente, en cada actividad directriz se van a gestar las premisas de la que se ha de convertir en predominante en el siguiente período, de ahí que hacia finales del primer año ya están dadas las condiciones para el tránsito a la actividad con objetos como actividad directriz en los siguientes dos años de la edad temprana, al igual que hacia finales de esta se instauran las premisas de la que ha de ser la actividad principal a partir de los tres años, el juego, de ahí que a finales de la edad temprana las acciones con los objetos empiezan a inscribirse dentro del sistema de actividades y relaciones humanas, y el niño ya no va a querer solamente actuar con el objeto, sino a realizar acciones con el mismo dentro del contexto de una

situación humana de relaciones, es decir, asumir los roles que en la realidad se dan con los objetos.

De igual manera, hacia finales de la primera infancia, en el juego, que aparece como la actividad en la que tiene lugar la orientación del niño en el sentido más general de y fundamental de la actividad humana, se van a gestar las premisas de la aspiración del niño a realizar una actividad socialmente significativa y socialmente valorada, el estudio, que se ha de convertir en la actividad directriz del período escolar de la vida del niño.

3.4. Actividad directriz y sistema de influencias educativas

El conocimiento de las particularidades de la actividad directriz en el primer año de vida, la comunicación emocional directa del niño con el adulto, tiene una significativa importancia para la organización del sistema de influencias educativas a llevar a cabo en este primer año de vida.

En las primeras semanas de vida el recién nacido es un ser completamente indefenso, pero esta impotencia del bebé determina la dirección en la que se realiza la actividad del niño, la asimilación de los objetos y fenómenos del mundo circundante a través de otra persona.

La fuerza potencial del niño consiste en su posibilidad de colaboración con los adultos en la asimilación de los procedimientos con que estos se orientan en la realidad y de los medios de su actividad. Establecer la colaboración y la comunicación con los adultos como mediadores de las relaciones con el mundo circundante es la tarea que se le plantea al niño en sus primeros meses de vida. Esto se resuelve mediante la actividad de comunicación emocional directa entre ambos.

En un principio la necesidad de comunicación se observa en la sonrisa del niño, con la cual atrae la atención del adulto, luego lo mantiene cerca de sí, fundamentalmente a través de gestos y mímicas. En el segundo mes surge el complejo de animación, donde los componentes motores y verbales, tienen un sentido de comunicación. Paulatinamente comienza a formarse una actitud positiva hacia el adulto, que de medio proveedor de la subsistencia, se convierte en objeto de la necesidad del niño.

Esta necesidad no es una formación secundaria ni se deriva de otras carencias, es el fundamento de toda la actividad vital del bebé. Esta necesidad se forma antes que cualquier acción manipulativa, y se convierte en base para que surja en el niño la acción de prensión y agarre, que es básica para el desarrollo de la actividad objetal.

Así, cuando el lactante tiende sus brazos al adulto para que lo cargue, este es un acto de comunicación que lleva implícito el desarrollo de tal prensión, que a su vez se combina con acciones perceptivas que, surgidas en esta situación de comunicación, se trasladan a otras situaciones.

Luego esta simple necesidad comunicativa se reestructura y se dirige hacia la actividad conjunta de manipulación de objetos, que impulsan la propia actividad del niño, es decir, se convierten en “motivos” de su acción.

De este modo, la primera necesidad que surge en el niño es la de la comunicación, cuyo objeto es otra persona, el adulto que lo cuida y atiende. En este proceso de comunicación van a surgir neoformaciones importantes, como es la comunidad psíquica con los otros (sobre todo con la madre), las actitudes emocionales, la prensión de objetos, acciones perceptuales. Esta neoformación, es a decir de Vigotski, el punto inicial del desarrollo ulterior de la conciencia.

De ahí la importancia de esta actividad de comunicación, como guía del desarrollo en la etapa, la cual, dentro del sistema de influencias educativas ha de tomar en cuenta algunos principios:

1. Consideración de que las actividades pedagógicas a realizar con los niños en este año de vida han de ser estructuradas a partir de una situación de comunicación, en la que haya básicamente acciones que impliquen un contacto afectivo y corporal entre el educador y el niño.
2. Las actividades pedagógicas en los primeros meses de vida han de tener como objetivo primario fortalecer el intercambio de acciones del adulto hacia el niño, para garantizar el surgimiento y fortalecimiento de la necesidad de comunicación en el niño.
3. Dado el hecho de que el componente emocional es prioritario durante el período, lo fundamental en las actividades es fortalecer la comunicación afectiva, y en la que la asimilación de los contenidos cognoscitivos estén facilitados a través de la relación adulto-niño.
4. Desde el punto de vista anterior, la mayoría de las actividades pedagógicas deben organizarse como actividad conjunta del niño y el adulto, en particular durante el primer semestre en que prima lo personal-situacional
5. A partir del segundo semestre, en que la etapa práctico-situacional se inicia, las acciones con objetos, aunque pueden incluir acciones dirigidas fundamentalmente a su asimilación cognoscitiva, han de mantenerse básicamente dentro de la situación de comunicación.
6. La estimulación del lenguaje oral ha de seguir el mismo curso de la actividad directriz, enfocada primariamente a la comunicación de emociones, sentimientos y estados de ánimo, y en segundo término a su función denominativa y semántica.

Por supuesto, plantear que a través de la actividad de comunicación emocional directa se garantiza la mejor formación de las cualidades y propiedades psíquicas en el período, no excluye que el sistema de influencias educativas se centre exclusivamente en la situación de comunicación ajena a la estimulación

sensoriomotriz que se ha de propiciar al niño, sino que es a través de la misma que se ha de organizar la estimulación social y objetal.

Existen programas y planes de estimulación en estas edades que focalizan su atención en proporcionar al niño los más diversos estímulos (sensoriales, motores, cinestésicos, propioceptivos) sin tomar en consideración la situación en que tal estimulación se realiza, que es *siempre una situación de comunicación*. Así, se les estimula mediante objetos, tarjetas, sonidos, luces, movimientos, bajo la asunción de que el estímulo por sí mismo ha de propiciar el desarrollo, sin considerar que la significación que tal estímulo pueda tener depende de *la significación* que el mismo tenga para el niño, en la correlación que se establece entre los factores internos del desarrollo con la estimulación externa ejercida.

La significación no está al alcance por sí solo para el niño en este período de la vida, sino que la misma se viabiliza en la misma medida en que el adulto la valora como tal y se la *trasmite* dentro de la actividad conjunta que realizan: El estímulo llama la atención del bebé, pero inmediatamente su atención se centra en el adulto que ejerce la estimulación, porque para el lactante el contacto con el adulto constituye una necesidad mientras que el objeto aún no lo es.

Por eso el desarrollo psíquico del niño es limitado cuando se ejerce la estimulación por la estimulación, obviando a la actividad directriz, la comunicación emocional directa, como el medio a través del cual ha de llevarse a cabo dicha estimulación. Por el contrario, cuando las actividades estimuladoras se insertan como parte consustancial de la situación de comunicación se alcanzan logros más efectivos y cualitativamente superiores en el desarrollo.

Numerosas observaciones e investigaciones han comprobado el aserto anterior, que han demostrado que la estimulación o la satisfacción de las necesidades básicas realizadas de manera mecánica e impersonal, ausentes de una comunicación emocional intensa y cercana, conduce a limitaciones del desarrollo, e incluso a manifestaciones patológicas de dicho desarrollo.

Las evidencias aportadas por Spitz, Bowlby, Casler, Piaget, Vigotski, Bruner, Zaporozhets, Leontiev entre tantos otros autores, confirman lo anteriormente expuesto, y aunque la denominen bajo diversos nombres, demuestran que la comunicación emocional directa constituye la actividad central del desarrollo en el primer año de vida, y la que lo determina.

Es por ello que un sistema de influencias educativas que se estructure para alcanzar el máximo desarrollo esperable de los niños en esta edad tiene que organizarse a partir de las particularidades de la situación de comunicación emocional directa, la cual ha de posibilitar en mayor grado que cualquier otro tipo de actividad la consecución más plena de los logros del desarrollo y consecuentemente de la formación de la personalidad.

Sin embargo, ya hacia finales del primer año de vida comienzan a darse contradicciones entre la estimulación que el adulto propicia dentro de la

actividad conjunta con el niño, de la necesidad que el niño empieza a tener de actuar por sí mismo sobre el mundo que le rodea, apoyado en sus crecientes posibilidades de acción, y donde los objetos pasan a convertirse en el interés central del niño, contradicciones que conducen a una crisis entre estas posibilidades cada mes mayores del niño y la manera en que hasta el momento el adulto ha dirigido la estimulación dentro de la situación de comunicación.

La solución de esta crisis, que implica un cambio de las formas y situaciones de la estimulación, implica el surgimiento de una nueva actividad directriz del desarrollo, y cuyas premisas se han ido gestando en los meses finales de este primer año de vida, y en la que la comunicación emocional pasa a un segundo plano, en la misma medida en que la acción con los objetos cobra un carácter principal.

Esta nueva actividad directriz, la actividad con objetos, se convierte así en la principal de los próximos años de la edad temprana, y va a caracterizar esta nueva etapa de la vida del niño.

Evaluación

EJERCICIOS DE REVISION Y APLICACIÓN		No. Exp:
Las actividades directrices del desarrollo	Ejercicio número 3	Fecha:
Alumno:		
Dirección:		
C.P:	Población:	Provincia:
Teléfono	E-mail	

1. Sobre la base de las fases de la comunicación en el primer año de vida (personal-situacional y práctico-situacional) elabore un grupo de actividades características de cada fase, y que contribuyan a que estas alcancen los logros esperables
2. Seleccione un plan de estimulación temprana que conozca y en los que se plantean diversas acciones motrices, sensoriales, etc., y conviértalas en actividades dentro de una situación de comunicación. Tome un par de actividades de cada tipo (como aparece en el plan de estimulación y como las ha diseñado ahora Ud.) y compare los resultados en el comportamiento del bebé. Señale las diferencias observadas.